LLANTO DE LOS JUDÍOS

EN EL SIGLO CUARTO.

En un tiempo tu Pueblo querido
A tus siervos, Señor, da la muerte,
Y la sangre purísima vierte
De aquel Hijo que es todo tu amor:

Y por eso á la triste Solima
Hizo polvo el soberbio romano,
Y por eso en su cólera Adriano
De la tierra otra vez la borró.

Y mandó bajo pena de muerte
A ese Pueblo presente y futuro
Nunca entrar al recinto del muro
Ni aun poderlo de cerca mirar.

Y que solo cada año en el dia
Que la grande Salen fué tomada,
Se permita al vencido la entrada
Y en sus ruinas sentarse á llorar.

Mas no pueden mirar los escombros
De la patria infeliz de sus padres,
Ni en la tumba llorar de sus madres,
Sin comprar esta gracia al infiel.

Cual sus padres un tiempo compraron
Del Ungido la sangre inocente,
Así compra esa mísera gente
De sus ojos el llanto despues.

Resplandece en el Gólgota el templo
Con el oro y la púrpura tiria,
Y se queman perfumes de Asiria
Que derraman suavísimo olor.

Resplandece el sepulcro del Verbo
Con las perlas y piedras preciosas,
Y lo empapa la esencia de rosas,
De las rosas del fértil Hermon.

Y entre tanto recorre el Judío
Largas calles con negra tristeza,
Recordando su antigua grandeza
Que pasó cual las olas del mar.

Retratado el dolor en el rostro
Va la vírgen y el pálido anciano,
Y pregunta la hermana al hermano
¿Quién quemó la opulenta ciudad?

Y recorren las plazas que un dia
Resonaron con largos gemidos,
Donde miles de muertos y heridos
Iba hollando el atroz vencedor.

Y con húmedos ojos repasan
El callado y estéril espacio
Donde estuvo otro tiempo el palacio
Que ni ruinas siquiera dejó.

Van corriendo á buscar el recinto
Donde estuvo su templo glorioso,
Y un silencio y eterno reposo
Reina allí donde estuvo el altar.

Y allí crecen estériles juncos
Y el ajenjo amarguísimo crece,
Y el horrible escorpion se guarece
A la sombra del duro espinal.

¡Pobre gente! sus túnicas rasga
Y á los cielos sus ojos eleva,
Y da gritos que el viento se lleva
Cual su dicha otra vez se llevó.

Y se postran y besan el polvo,
Pero polvo que no es del Santuario,
Pues en ese lugar solitario
Solo el nombre del templo quedó.

Las mujeres cual tórtolas gimen,
Gimen ¡ay! traspasadas las almas,
Y se sientan al pié de las palmas
Que han quedado en el Monte de Sion.

Y descuidan los sueltos cabellos,
Y se cubren las pálidas frentes,
Y demandan con ayes dolientes
Espirar en el Monte de Dios.

Aun está de rodillas la viuda,
Aun están levantadas sus manos,
Y otra vez los brutales romanos
¡Ay! le cobran con nueva altivez.

Las doncellas aun tienen el rostro
Con sus lágrimas puras mojado,
Y otra vez ya les cobra el soldado
Por si quieren llorar otra vez.

Cual sus padres un tiempo compraron
Del Ungido la sangre inocente,
Así compra esa mísera gente
De sus ojos el llanto despues.

¡Ay Señor! á tu pueblo perdona,
Te conozco muy bien, eres bueno,
Que descanse tu rayo y tu trueno,
¿Cómo te has de olvidar de Salen?

Bien pudiera la blanda paloma
Olvidar á su esposo y su nido,
Pero tú no echarás en olvido
A la raza infeliz de Jacob.

Bien pudiera una madre amorosa
Olvidarse de su hijo querido,
Pero tú no echarás en olvido
Para siempre á tu amada nacion.

EL ISRAELITA.

TRADUCCION.

ELEGIA.

¡O Sion! ¿has olvidado por desgracia
A tus hijos cautivos? ¿O desprecias
Los ardientes saludos que te envian
De las estremidades de la tierra?
Desde el Ocaso hasta el remoto Oriente
Y desde el Sur al Norte, en su tristeza
Estos pobres esclavos te dirigen
Unas miradas de esperanza llenas,
Y tambien el tributo de su llanto,
Que á los rocíos del Hermon semeja.
¡Que no puedan sus lágrimas calientes
¡Ay! regar tus colinas ya desiertas!
Cuando lamento y lloro tu caida
Se oye mi voz, como la voz funesta
De los chacales; mas si pienso acaso
En que ya libre estás de tus cadenas,
Semejante es mi voz á la armonía
Del arpa, de tus cantos compañera.
Mi corazon al templo se trasporta
Y se humilla de Dios en la presencia.
¿No es sobre este lugar donde se abrian
Las puertas de los cielos, y la inmensa

Majestad del Criador dejaba oscura
A la luna, y al sol, y á las estrellas?
¡Que yo no pueda derramar el alma
En el lugar do la Divina Esencia
Sobre tus Santos descender solia!
En tí habitaba la deidad escelsa;
Mas hoy contemplo esclavos que en el trono
De tus gloriosos príncipes se sientan.

¿Por qué no puedo revolar encima
De los lugares de memoria eterna,
Donde el Señor en tiempos mas felices
Misterios revelaba á tus Profetas?
Si me das alas, llevaré á tus ruinas
Del destrozado corazon las penas,
Mi frente estamparé sobre tu polvo,
Y abrazaré tus silenciosas peñas.
Tocaré con mi planta los sepulcros
De mis abuelos, y la sacra huesa
Contemplaré en Hebron, y las montañas
Abarim y Hor contemplaré desiertas,
Do la ceniza está de tus maestros,
Del pueblo de Israél grandes lumbreras.
Respiraré la vida en tu aire puro,
Y de la mirra la olorosa esencia,
Y en la agua cristalina de tus rios
Gustaré de la miel de las abejas.

Dulce me fuera andar, los piés desnudos,
Del arruinado templo entre las piedras,
O en el lugar do están los querubines
Con la Arca del Señor en la caverna.

Estos vanos adornos de otros años
Arrancara despues de mi cabeza;
Y tambien de la suerte me quejara
Porque á tus siervos de su patria aleja,
Despues de haberlos arrojado un dia
A muy distantes y profanas tierras.
¡Cómo podré entregarme á los placeres
De la vida, si estoy mirando en ella
Los perros arrastrar á tus leoncillos?
Huyen mis ojos de la luz funesta
Que me hace ver los cuervos que en los aires
Se llevan á tus águilas ya muertas.
Detente un rato, ¡oh copa de dolores!
Que tu ajenjo ha llenado ya mis venas,
Y déjame un momento de reposo,
Solo un momento, mientras la alma piensa
En Samaria, y despues mis secos labios
Beberán toda tu amargura acerba.
Haré luego un recuerdo de Solima
Y hasta las heces beberé sin tregua.

Corona de hermosura, ¡oh Sion! no olvides,
No olvides de tus hijos la terneza,
Que tu dicha llenaba de alegría
Y hoy tus desgracias de dolores llenan.
Desde el triste lugar de su destierro
En su oracion inclínanse á tus puertas,
Y te abren sus sensibles corazones
Llenos de luto y de mortal tristeza.
Por los montes disperso tu rebaño
Su dulce patria sin cesar recuerda,
Y se siente arrastrado á tus montañas

Y á la sombra tambien de tus palmeras.
Sinear y Pathros con su vana pompa
¡Compararse podrán con tu grandeza!
¡Y qué son sus oráculos falaces!
A tu Urim y Tummin ¿quién se asemeja?
¡Dó está el mortal que pueda compararse
Con tus grandes monarcas y profetas!
¡Y quién habrá que á tus levitas santos,
Y á tus cantores igualarse pueda!

Volverán á la nada los imperios:
Tú sola quedarás firme y serena
Siglos y siglos, ya que el Dios sublime
Fijará en tí su residencia eterna.
¡Felices los mortales que vivieren
Dentro de tus murallas estupendas,
Y felices tambien los que algun dia
Vieren resplandecer tu aurora nueva!
De tus electos mirarán la gloria,
Asistirán á tus alegres fiestas,
Y tú serás hermosa y agraciada
Como en los años de tu edad primera.

Á LA VÍRGEN DE GUADALUPE.

ODA.

Aun no vagaba por el ancho espacio
Silenciosa la luna,
El pálido cometa no existia,
Ni el luminar magnífico del dia,
Cuando el Grande Hacedor allá en su trono
Lleno de inmensa gloria,
Contemplaba los rasgos de la historia
De todas las naciones,
Que en un tiempo la tierra poblarian,
Desde los polos á la zona ardiente,
Y desde el Cairo á México potente.

Ya desde entonces mira á los mortales
Pérfida raza, raza delincuente,
Entregarse á los ritos mas atroces,
Y correr tras placeres criminales
Desenfrenadamente,
Como bajan las aguas estruendosas
De las altas montañas pedregosas.

Entre el polvo confuso de los siglos
Señálase inhumano
El idólatra pueblo mexicano,

Pueblo entregado á horrendas ceremonias.
Fijos los ojos en la gente indiana,
Miraba entre enojado y compasivo
El Señor Inmortal la sangre humana
Derramarse á torrentes
En las aras de dioses inclementes.
Mira á los sacerdotes
Hincada ¡ay Dios! la trémula rodilla
Alzar al cielo las sangrientas manos
Para ofrecer cual víctima sencilla,
Aun vivo el corazon de sus hermanos.

Entonces el eterno conmovido
Al mirar tanta sangre derramada
Y tanta ceguedad y tanto lloro,
Fijó los tiempos en que revelada
Le fuera la verdad al indio rudo,
Verdad que oculta estaba en su tesoro.

Resolvió que la cándida Doncella
Que su Madre purísima seria,
Descendiese algun dia
A morar con el fiero mexicano,
Y le templara su furor insano.
Así lo decretara en sus consejos:
Y al tiempo señalado allá en su mente
Hizo bajar del cielo reluciente
En las alas de un ángel luminoso,
La blanda Madre del amor hermoso.

En árido terreno
Erizado de estériles abrojos,

Donde no ven los ojos
Sino la triste imágen de la muerte,
Se eleva una colina
De seca tierra y duros peñascales,
Donde jamas el pajarillo trina,
Y solo se oye en medio á los zarzales
El triste susurrar de los insectos,
Y el grito de silvestres animales.

El lugar este fué donde María,
Deponiendo su gloria,
Aparecióse á Juan modesta y pía,
Sin aquellos brillantes reverberos
Con que apaga los fúlgidos luceros.
Allí con tono persuasivo y blando
En su desgracia al infeliz consuela,
Que lleno de amargura,
Al cielo vuelto el pálido semblante,
Procuraba aliviar su desventura.
Su proteccion benigna le ofrecia
A este mortal bondoso,
Y al pueblo mexicano que aun gemia
Bajo el yugo afrentoso
De un culto necio, bárbaro y ruinoso:
Y al escuchar promesa tan plausible
El indio se enternece,
Y Satán espantado se estremece.

No satisfecho el Hacedor Supremo
Con tamaña ternura,
Quiso en su amor estremo
Que aquella Vírgen tan graciosa y pura

Por siempre se quedase
En este rico suelo
En medio de la gente mexicana,
Y fuera su refugio y su consuelo.
Entonces cariñoso
Pintó con rasgos de un pincel valiente
La imágen blanda de su Madre bella.
¡Felices indios y feliz Doncella!

Tres siglos han corrido
Despues que tal portento sucediera,
Y ya de entonces con amor materno
Sobre el estéril Tepeyac se esmera
En derramar magnífica María
Mil dones á porfia
Sobre el inmenso pueblo que la adora;
Al paso que indulgente
Cuando esta misma gente
De los cielos la cólera provoca,
Y se ha manchado de una culpa fea,
Con su blando mirar apaga el rayo
Que en la mano de su Hijo centellea.

Tanta bondad, tan plácida ternura
De pechos mexicanos bien merece
Eterna gratitud, ardiente y pura.
Bien pudo el tiempo cano
Asolar inhumano
Los anchos muros de la antigua Troya,
Y que naciesen solitarias yerbas
Despues de inmenso estrago
En los grandes escombros de Cartago;

Mas no podrá su brazo vengativo
Borrar entre la gente mexicana
De la GUADALUPANA
Imágen la memoria lisonjera;
Que es su afecto tan puro y tan ferviente,
Hácia esta madre cariñosa y dulce,
Que antes del Nilo la veloz corriente
Descargará de Chalco en la laguna,
Que llegue el triste dia
En que pueda olvidarse de MARÍA.

Á LA VÍRGEN DE GUADALUPE.

ODA.

El buen Jehová, magnífico y tremendo,
Escogió un pueblo á quien llamar amigo,
Lo sacó del Egipto con estruendo
En turbulenta y pavorosa noche.
Tocó Moisés el mar con una vara
Y el mar se abrió prestándole sendero:
Pasó su pueblo, mas quedó abismado
El egipcio caballo y caballero.
La gente de Jacob pasó adelante,
El Señor la cubrió bajo sus alas
Como el águila cubre á sus polluelos:
Tierras le dió, victorias y despojos:
¡Nacion feliz que el dueño de los cielos
Amó como á las niñas de sus ojos!
Al verse tan mimada aquella gente
De quien no mereciera una mirada,
Idolos levantó perecederos
En obsequio de dioses estranjeros.
Indignado el Señor, "quisieron," dijo,
"Darme celos á mí con dioses vanos
Hincando la sacrílega rodilla
Ante las obras de sus propias manos:
Pues yo tambien los picaré de celos

Descubriéndome á pueblos infelices
Sin valerme de enigmas ni de velos."

Lo dijo, y lo cumplió, como quien era,
Llamando de los términos del mundo
A las cultas y bárbaras naciones,
Al galo, al cimbrio, al griego y al romano
Y al incógnito pueblo mexicano,
A quien amó el Señor tan vivamente,
Que la santa verdad le revelara,
Y el duro corazon de aquella gente
En corazon blandísimo trocara.
No contento con esto su cariño,
Hizo bajar del diamantino cielo
A la Doncella que con tanto anhelo
En Belen lo arrulló cuando era niño.

Junto al trémulo lago de Tezcoco
Se levanta tristísima colina,
Donde no nace ni el cipres flotante,
El cedro eterno, ó silbadora encina:
Allí las fuentes blandas y serenas
Jamas regaron con sus aguas puras
Los peñascos y estériles arenas:
Terreno seco, polvoroso y triste,
Donde el insecto vil se arrastra apenas.

He aquí el lugar á que bajó María
Desde la inmensa bóveda del cielo
A presentarse á Juan, que sin consuelo
Buscaba alivio al mal que le afligia.
Como suele tal vez planta olorosa

Vivir oculta en densos matorrales,
Donde apenas se ve su flor hermosa
Y sus frescos botones virginales;
Así la Hija de Dios modestamente
Oscurece la luna y las estrellas
Que le adornan las plantas y la frente,
Y ofrece á Juan favor en su amargura,
Y proteccion magnífica á su gente.
Las aguas le promete y el rocío,
Abundancia de frutos y animales,
Sensible corazon, humilde y pio,
Y amparo firme en sus futuros males.
El ángel de la América recoge
Sus alas brillantísimas, oyendo
Promesa tan espléndida y tan bella:
Dos veces se postró, y otras dos veces
Los blancos piés besó de la Doncella.

No satisfecho de fineza tanta,
Quiso Jehová dejarle al mexicano
De su Madre una copia de su mano,
En prueba del amor que nos tenia.
Cogió el pincel, y "Hagámosla," decia,
"A nuestra semejanza, como hicimos
Al primer hombre en memorable dia.
Mas ¿qué es Adam junto á la hermosa mia?"
Diciendo así, trazó con faz serena
La blanda copia de su linda Madre,
Y vió la Imágen, y la vió muy buena.

Ya desde entonces con amor inmenso
Un hijo mira en cada mexicano,